

APOLÓ

AÑO IV

Número 28

REVISTA DE ARTE Y SOCIOLOGÍA

- - - - DE PÉREZ Y CURIS - - - -



MONTEVIDEO

JUNIO DE 1909

APOLLO

Revista mensual de arte y sociología

Director-Redactor: Pérez y Curis

Secretario de Redacción: Ovidio Fernández Ríos

CUERPO DE REDACCIÓN

Julio Raúl Mendilaharsu—Corresponsal en Europa

Juan Picón Olaondo—Montevideo.

Francisco Villaespesa—Madrid.

Manuel Ugarte—París.

Enrique Olaya Herrera—Bruxelas.

Luis G. Urbina—México.

Rafael Angel Troyo—Cartago de Costa Rica.

Guillermo Andreve—Panamá.

Froilán Turcios—Tegucigalpa (Honduras).

Santiago Argüello—León (Nicaragua).

Arturo Ambrogi—San Salvador.

M. Moreno Alba—Barranquilla (Colombia).

Alberto Sánchez—Bogotá.

Miguel Luis Rocuant—Santiago de Chile.

Pablo Minelli González—Roma.

Rosendo Villalobos—La Paz (Bolivia).

Luis Correa—Caracas (Venezuela).

Guillermo Lavado Isava—La Victoria (Venezuela).

Remigio Romero León—Cuenca (Ecuador).

Juan Guerra Núñez—Habana.

José de Diego—San Juan de Puerto Rico.



APOLÓ

Director-Redactor: PÉREZ Y CURIS

Secretario de Redacción: OVIDIO FERNÁNDEZ RÍOS

AÑO IV

Montevideo, Junio de 1909

N.º 28

De Francisco Villaespesa

MYOSOTIS

67580

Para APOLÓ.

I

El libro de mis versos tiene un registro rosa
que señala la hora más bella de la vida . . .
Es el claro recuerdo de aquella edad perdida
que cuanto más lejana surge más luminosa.

Es hora en que á la sombra de algún árbol dormido
bajo la luz dorada del sol de Primavera,
un balbuciente y tímido labio, por vez primera,
una frase de amores murmuró á nuestro oído.

La frase, la divina palabra, se ha olvidado . . .
No sabemos qué dulce labio la ha pronunciado . . .
Pero queda la música de la voz, el acento

cariñoso y suave . . . ¡Pobre alma dolorida,
póstrate de rodillas y besa este momento,
el único momento dichoso de tu vida !

II

Una oración se eleva del jardín . . . En alguna
senda, se apaga el eco de unos pasos distantes,
y de los negros árboles las sombras ondulantes
tiemblan sobre el móvil cristal de la laguna.

En el fondo del parque melancólico, en una
escalera monotona de notas vacilantes,
el surtidor aventa su polvo de diamantes
temblando bajo el pálido resplandor de la luna.

El alma solitaria de Chopín, de una mano
enferma á las caricias, preludia en el piano
los líricos sollozos de su melancolía.

Se duerme entre las teclas la mano evocadora . . .
La última luz se apaga, y en la selva sombría
palpita la voz trémula de un ruiseñor que llora.

III

Paisaje Inverosímil de cosas increadas
en la vida. Ese vago paisaje de oro, seda
y perfumes flotantes, del que tan sólo queda
un recuerdo confuso de sombras disipadas.

Las estrellas son almas. Las flores del camino
incensarios que elevan su perfume á los cielos;
y una mística ola de inefables anhelos
suspende nuestras almas en éxtasis divino.

En todo reina un tímido silencio sobrehumano . . .
Se habla con la mirada; el labio no se mueve . . .
Ni el aliento más tenue, ni el rumor más pequeño . . .

No se besa la boca ni se estrecha la mano
de la Amada, temiendo que al contacto más leve
se deshaga en la espuma fugitiva del sueño.

IV

Bajo la cofia blanca el rostro amarillento
de la anciana sonríe á un sueño color rosa,
mientras con mano torpe, pálida y temblorosa
recuerda al clavicordio un canto soñoliento.

Como ahogados suspiros surgen de su garganta
de una canción antigua los ecos olvidados . . .
Y los niños, el índice en los labios, parados
en el dintel murmuran: — ¡Callad! . . . La abuela canta.

— « Oh, mi amor, mi esperanza ¿en dónde estás? ¿en dónde
parece que solloza la música severa . . . [de?] —
De pronto la voz muere en un eco suave . . .

Los niños se aproximan, la llaman . . . No responde.
¡Tiene el pálido rostro más blanco que la cera
que ardiendo se consume sobre la vieja clave!

V

-- Do, Re, Mi, Fa. — La virgen da lección de solfeo.
Sobre el atril abierto donde el método ondea,
siguiendo el ritmo ágil de la música, veo
el lirio de su mano que en las sombras blanquea.

— Fa, Sol, La, Sí . . . — Su acento diluye una fragancia
sutil, cual si de pronto por una vidriera
rota, llegase tibia á alegrar nuestra estancia
una fragante y cálida brisa de Primavera.

— Si, Do, Re, Mi . . . — Suspiran los labios infantiles.
¡ Oh, Amor, Amor romántico de mis catorees abriles !
Azul de las pupilas, labios de rosa, y sobre

el hombro el áureo encaje del cabello deshecho . . .
¡ Y yo, con ambas manos sujetando mi pobre
corazón, que quería saltárseme del pecho !

VI

La cita

En la tranquila alcoba perfumada
aun la lámpara sueña, vacilante,
Nimbar la palidez de tu semblante
con su suave claridad rosada.

Te presente en las sombras la mirada,
y el corazón espera, palpitante,
desfallecer de amor en el amante
abrazo anunciador de tu llegada.

Aguardo, con el alma toda oídos,
la vaga ondulación de tus vestidos,
de tu ágil planta la pisada incierta,
y el leve golpe tímido y lejano
de tu pequeña y enguantada mano,
que llama — toda trémula — á mi puerta.

VII

¡ Oh, Juventud ! ¡ Oh, Juventud ! ¿ qué ha sido
del corazón y de su edad preclara,
de Abril florido y de la fuente clara
donde todos los sueños han bebido ?

¡ Vuelve á buscar la senda que has perdido,
el agua que tus labios refrescara,
los negros ojos y la blanca cara
que te dieron la dicha y el olvido !

¡ Vuelve de nuevo á ser lo que antes fuiste !
En la penumbra de la estancia triste
te contemplé morir ensangrentada,

lívido el rostro y desgarrado el pecho,
¡ como una novia muerta al ser violada
en su noche nupcial, sobre mi lecho !

VIII

Un viejo camarada llega á verme,
y de su voz al familiar encanto
siento cómo despierta todo cuanto
en mi florida adolescencia duerme.

El eco de su voz mis ojos cierra ;
me hace soñar con cielos de zafiro,
y oyéndola, parece que respiro
los cálidos perfumes de mi tierra.

De pronto surge una silueta amada :
— Y ¿ Fulana ? — pregunto, todo ansioso . . .
La voz amiga tiembla emocionada,

y una infinita palidez me cubre
la faz, cuando suspira : — Halló reposo
con las últimas rosas del Octubre.

IX

Aurora triste

Bajo la luz del alba dormita el caserío.
Un buey muge. Un gallo canta. La golondrina
en las floridas rejas de la ventana, trina
agitando las alas bañadas de rocío.

Silenciosas las sendas, y las ventanas todas
sin luz . . . Una tan sólo fulgura iluminada . . .
¿ Un poeta que escribe canciones á su amada ?
ó una novia que cose su vestido de bodas ?

Sobre el pueblo dormido y las calles lejanas
cruza un lento y severo plañido de campanas
que en los remotes valles, temblando va á extinguirse.

La luz azul y trémula de la aurora ilumina
á algún pálido rostro que, llorando, se inclina
á cerrar unos ojos que jamás han de abrirse.

A UN POETA

A Julio Raúl Mendilaharsu.

I

Poeta, el tumulto de tu vida acalma,
y escucha en confidencias religiosas
lo que dicen las cosas de tu alma
y lo que el alma piensa de las cosas.
Y aprenderás las significaciones
y los vocablos mágicos y activos,
con que los inmortales Pigmaliones
transformaron la piedra en seres vivos.

Ahonda tu mirada, hasta en el lodo :
para el que sabe ver, existe en todo
lo que vive y alienta, la Belleza . . .

Ajusta las palabras al sentido;
y rima tu sentir con el latido
del corazón de la Naturaleza.

II

Ante la tentación de los sentidos
que siempre el alma permanezca fuerte . . .
¡ Que no temible tu carne á los ladridos
de los negros molosos de la Muerte !

Sin escuchar el lacrimoso bando,
sondando con tu vista el horizonte,
pasa como don Juan, jovial, cantando,
el Leteo, en la barca de Caronte.

Tendiendo al cielo el arco de tu idea,
mata el águila herida, que no pene.
¡ Que caiga con el pecho atravesado !
¡ Ten firme el pulso, y que tu mano sea
tan hábil y tan fuerte que refrene,
el impetu del gran caballo alado !

III

Liberta de su buitre á Prometeo ;
sobre la desnudez tiende tu manto,
y esfuma las violencias del deseo
en el ritmo sereno de tu canto.

Ahuyenta los fantasmas de la duda,
corona de jacintos tu cabeza . . .
Muestra sin velos tu Verdad : desnuda
es más sacra y más pura la Belleza.

Despierta en tu interior la Fe dormida,
esa ciega inmortal que Dioses crea,
y con su imagen y tu instinto sólo
ennoblece el ensueño de tu vida,
para que el sueño de tu vida sea
digno del canto y el laurel de Apolo.

FRANCISCO VILLAESPESA

A. R. de Carricarte

Se ha radicado entre nosotros, donde triunfará por sus altísimas cualidades de artista y su verbo de buena cepa, el gallardo prosador Arturo R. de Carricarte, con cuyo retrato engalanamos esta página. El es ya conocido de los lectores de APOLÓ. En varias ocasiones hemos ofrecido á nuestros lectores páginas suyas de vigoroso estilo y hondos conceptos.

Luchador infatigable, siempre en peregrinación por los países de América que tanto deben á su brillante pluma, el señor de Carricarte ha colaborado en las principales revistas hispanoamericanas, para las cuales su nombre ha sido un verdadero símbolo de consagración.



Presentimiento

Nunca supe por qué me pareciste
Siempre, una flor para vivir un día;
Una estrella fugaz que alumbraría
En una noche solamente. Fuiste

Mi buena amiga, y de mi labio oíste
Palabras de ternura y de alegría;
Y aunque tu boca amable se reía,
Siempre en tus ojos te encontraba triste.

Eras sólo de un ser, alma y esencia;
En ti fué la visión de una existencia
Que murió sin morir, pues no vivía.

Y al cumplirsz la ley, severa y fuerte,
No pude sorprenderme con tu muerte
Pues sin saber por qué, ya lo sabía!

Ovidio FERNÁNDEZ RIOS.

El Camino

Para APOLC.

El camino largo se extendía á lo lejos hasta perderse confuso en el horizonte.

Entre el verde claro y brillante de los álamos nuevos resaltaba extrañamente su tinte rojizo, presentándolo á ratos á la imaginación desarreglada del fatigado viajero, cual coralina serpiente que se estirase perezosa entre las yerbas.

¿Habéis oido nunca hablar á los caminos?... Sin embargo los caminos hablan al viajero solitario á quien la marcha y la tristeza han envuelto el alma en un crespón gris y espeso. Pero hablan allá, lejos de las ciudades y los pueblos, donde los hombres no importunan con la cháchara de sus negocios, ni alborotan los animales, ni los pesados carros lastiman al pobre camino con sus duras ruedas.

... El camino largo y rojizo se extendía á lo lejos entre su doble hilera de álamos nuevos. El sol bajaba á mi espalda alargando desmesuradamente mi sombra. La melancolía de la tarde moribunda había borrado las ideas de mi mente... ya no pensaba... me había abandonado suavemente al balanceo de mis propios pasos, cual si estuviera en una cuna, arrullada por el cantar de la brisa entre las hojas de los árboles.

Poco á poco ese murmullo suave se apoderó de mi ser, se alojó en mi cráneo con extraña persistencia. En un momento creí que me hablaban, luego tuve la certidumbre de ello. De entre el

rumoreo de la alameda se destacaba una voz infinitamente triste que me hablaba, una voz apagada, contenida é ingenua, como la de un niño temeroso...

Era el camino que me contaba su historia, agradecido talvez á mis livianas plantas que apenas rozaban su ya curtida espalda.

Antes yo era blanco, me dijo el viejo camino, y sobre mi larga espalda paseábanse las niñas del lugar con suave paso. Ningún vehículo se atrevía á herirme con sus ruedas porque yo era un camino olvidado. Y yo contemplaba á las hermosas criaturas. Y era mi felicidad. Todas las mañanas la niña Aurora me recorría jugueteando, mostrándome su sonrisa dorada, sus ojos de luz y sus largos, larguísimos cabellos rojos.

¡Oh! La niña Aurora! ¡La hermosa criatura!

¡Cómo llegué á amarla!

No había otra como ella entre todas las chicas que habían pasado alguna vez acariciando mi espalda.

Los picarones álamos sonreían con su sonrisa verde, y yo sentía extrañas sensaciones al contacto de sus sedosos cabellos rojos. Los pájaros reían con largas y sonoras risas.

Entonces, un día; maldito día! formulé un deseo.

Quisiera que ella fuera yo, y yo fuera ella; que fuéramos una sola cosa los dos; que ella me abrazara tan, tan estrechamente que ese abrazo se hiciera infini-

to, sin que nadie pudiera separarnos; que mi cuerpo se penetrara del suyo como en los abrazos supremos del amor... eternamente.

Y mi deseo se cumplió.

¡Oh! vano de mí, que no quise conformarme con el suave placer de verla y de aspirar sus caricias!

Quise algo más intenso, quise el abrazo supremo y lo he tenido.

La he absorbido en mi ser, y es por eso que ella ya no existe sino en mí.

¿Qué es el amor sin dos personas, sin dos almas, sin dos individualidades fuertes y completas.

¡Oh, vanos, los que en su ambición ilimitada, sienten el deseo inquieto de beber el ser amado!

Cuando lo han realizado, nada queda.

Tú que me escuchas, dale á tu amante todo lo que quiera, pero no le des tu voluntad de vivir según tu propio ser y tu propia alma.

Una mañana en que la niña quedó jugando más que de costumbre, algo pesado y luminoso que lastimó mi espalda con dolorosa quemadura, pasó sobre el cuerpo hermosísimo de Aurora que se deshizo en magnífico lago de sangre, tiñéndome con sus colores rutilantes en toda mi larga extensión.

La bebí poco á poco, con fruición dolorosa, hasta que de ella no quedó nada, nada... sino su larga cabellera roja, envolviéndome con su finísima red que no me ha abandonado más.

Ya no vienen viajeros al cercano pueblo; ya no van á pasear á la montaña por donde todas las mañanas asomaba Aurora. Dicen que los cielos han cambiado, y que de su magnífica cabellera roja, no queda más que una parodia en el camino viejo y quemado, que se empeña siempre en ostentar sus colores.

La voz del camino rojo que antes era blanco se perdió en un suspiro quejumbroso.

Ya era noche. Las luces del pueblecito se encendían melancólicas delante de mí.

Talvez había soñado.

GLADYS ELIS.

Montevideo.



JOSÉ JOAQUÍN OLMEDO

LA SOEUR

Para APOLÓ.

(Adaptación francesa de la poésie castillane de Francisco Villa-espesa la «Hermana».)

En un pays très lointain,
Jusquè soir, dès le matin,
Près de la fenêtre assise,
Les yeux sur la route grise,
Sans se lasser, au printemps
Une triste soeur m'attend.

A la joyeuse hirondelle
Au nid printannier fidèle
Elle dit avec douceur :
— Au nom de l'épine amère
Q'une fois sur le Calvaire
Du front de notre Seigneur
Tu tiras de pitié pleine,
Oh ! dis — moi si dans la plaine
Tu l'as vu marcher ! — L'oiseau
Jetant son cri le plus triste,
Se perd au ciel d'améthyste ...
Elle reprend ses fuseaux ...

Et, quand un voyageur passe
Sous sa fenêtre, ma soeur,
Demande à ce voyageur,
De l'attente jamais lasse :
— ; Au nom de l'amour premiez
Que peut-être encor tu pleur's,
Dis-moi si dans ce sentier
Tu l'as aperçu ; demeure ! —
Lui s'éloigne lentement
Et monte aussi son calvaire,
Laissant un peu de poussière
Se disperser dans le vent.



Ma pâle soeur, quand la lune
Tremble au fond de la nuit brune,
Crie : — ; Au nom du Crucifié,
Oh ! dis-moi dans quel sentier
Il vit ton rayon dernier ! —
La lune au loin illumine
Toute la plaine, décline
Puis, dans la mer de satin
Comme une lampe s'éteint.

Peut être un jour, si je passe
Sous ta fenêtre, ma soeur,
Comme à l'autre voyageur,
De l'attente déjà lasse
Tu me diras : — Pélerin,
As tu vu dans ces chemins
Celui que j'attends, mon frère
Que de voir je désespère ?

HÉCTOR DÍAZ.
Genève, 1907.

RIMADO Á MANOS QUERIDAS

Para APOLÓ.

Salud, mañana, tarde y mediodía,
Que en vuestro seno quiebra melodía
La mano espiritual que tanto adoro
Y que me hace ríñar: hombre canoro.
Salud mañana, porque la primera,
Con buen sol la acaricias lisonjera,
Y presides de un hábito sagrado
La sonriente labor de su tocado.

Tú que la ves hacer y deshacer
El gesto de oración, y amanecer
En el gesto las venas opalinas,
Cadenas de las manos peregrinas.

Tú que ves la graciosa somnolencia,
De aquella transparencia
De sus manos, salud, salud, si aciertas
Las manitas á ver, recién despertadas.

Hora silenciosa, medio día
Que en clámide de sol te envuelve el dia,
Dime cómo en tu seno era su mano:
— Como la flor rosada del manzano.
Y tú, más que una estrella pensativa,
Recogida vestal, tú, tarde esquiva,
Que abres nardos y cierras girasoles,
Cuenta las languideces de mis soles.
— Ruido de fabla asusta mis palomas,
Ni mis sandalias se oyen en las lomas,
Yo recogida estoy, soy como una
Vestal que sólo habla con la luna ...

ENRIQUE BANCHS.
Buenos Aires.

Ideas y Sentimientos

II

Los Simuladores

Integran esa numerosa legión que sorprende á los incautos y á los noveles artistas, ya sea con su verba omnicolor y abundan-tosa cual un manantial de ripios ó con sus quejas de afectada sen-sibilidad, diferentes tipos y que merécenme distintas aprecia-cio-nes.

Perdon al simulador del ta-lento que, acosado por el hambre ó martirizado por su propia vanidad, ensaya, poses extrañas y atrae sobre si las miradas de sus semejantes. Ese desea vivir y procura el alimento que satis-faga su estómago ó colme su va-nidad.

Perdon al simulador del tra-bajo porque no se pertenece. Es dueña de su voluntad la Pereza, única imagen ante la cual se arrodilla. Ese es un ser enfermo cuyo caso cita la patología mo-ral.

Pero no perdon — porque me inspiran odio y á la vez des-precio — á los simuladores del sen-timiento. Del talento y del tra-bajo se vive, mas no del sen-timiento. ¿ Por qué enlodar, pues, esa virtud que es el único tesoro de muchas almas sinceras?

La hipocresía me exaspera porque no hay nada que pueda justificarla. Por eso, odio tanto al artista hipócrita como al más empedernido y concupiscente de los tiranos.

Que un escritor perverso me

lea una página suya, sentimental, llena de humanos propósitos y capaz de conmover hasta el llanto á quien no conozca sus crueles instintos, eso yo no lo tolero. Se es sensible por natu-raleza y no por el medio en que se vive ni por efecto de las cir-cunstancias.

La simulación es la única ha-bilidad de las almas inferiores que andan á tientas en la sombra ocultando sus movimientos á las miradas del sol. Ella pro-tege á algunos como férrea coraza y lleva al cerebro de otros como un hálito de inteligencia aparente.

¿ No veis cómo muchos imbé-ciles cubiertos, en otro tiempo, de harapos, y hoy coronados de insolencia, han dado en llamarse ácratas, no obstante su egoísmo indiscreto y su gran sed de oro? — Si penetráis esas almas encontraréis en ellas un depósito de lacras. Ellas han proclamado la Aeracia — como podrían ha-berlo hecho con el absolutismo — para vivir á expensas del pueble cuya generosidad explotan se pretexto de conducirlo al triunfo definitivo. Para los actos de la vida práctica no se inspiran en las ideas de Bakounine ó de Kropotkine, cuya obra, sin em-bargo, ensalzan entre la clase avanzada. En la vida práctica son sus maestros los autócratas y los déspotas de los que imitan

tos modales aun cuando tratan de envolverse en un manto de igualdad.

Uno de ellos me ha servido de estudio en mis largas peregrinaciones de proletario y de hombre libre. Yo sé que la revelación de su nombre y de sus hechos de intimidad darían al traste con su insolencia y su ensorbecimiento de burgués acaudalado. Pero, no importa; lo señalo con el índice y escribo su nombre en mi libro de venganzas. Un día haré la revelación y él tendrá su castigo. Castigo terrible, porque los simuladores de ese jaez no me mueven á piedad.

La Aeracia es un sentimiento.

PÉREZ Y CURIS.



BENIGNO VARELA

Oración

A Nuestra Señora la Poesía

Para Apolo.

Señora: Tú que suave como la luz del alba

La verdad enclareces y doras la quimera,

Señora: Tú que eres divina primavera

Cuyo milagro todo lo purifica y salva,

Hacia nosotros tiende tus manos generosas

Que ofrecen armonía, cariño, dulcedumbre;

La vida del espíritu va perdiendo mil rosas

Y ya sólo sabemos gemir de incertidumbre.

Por tu virtud ayer quede santificado,

Reciba cada día que se torna pasado

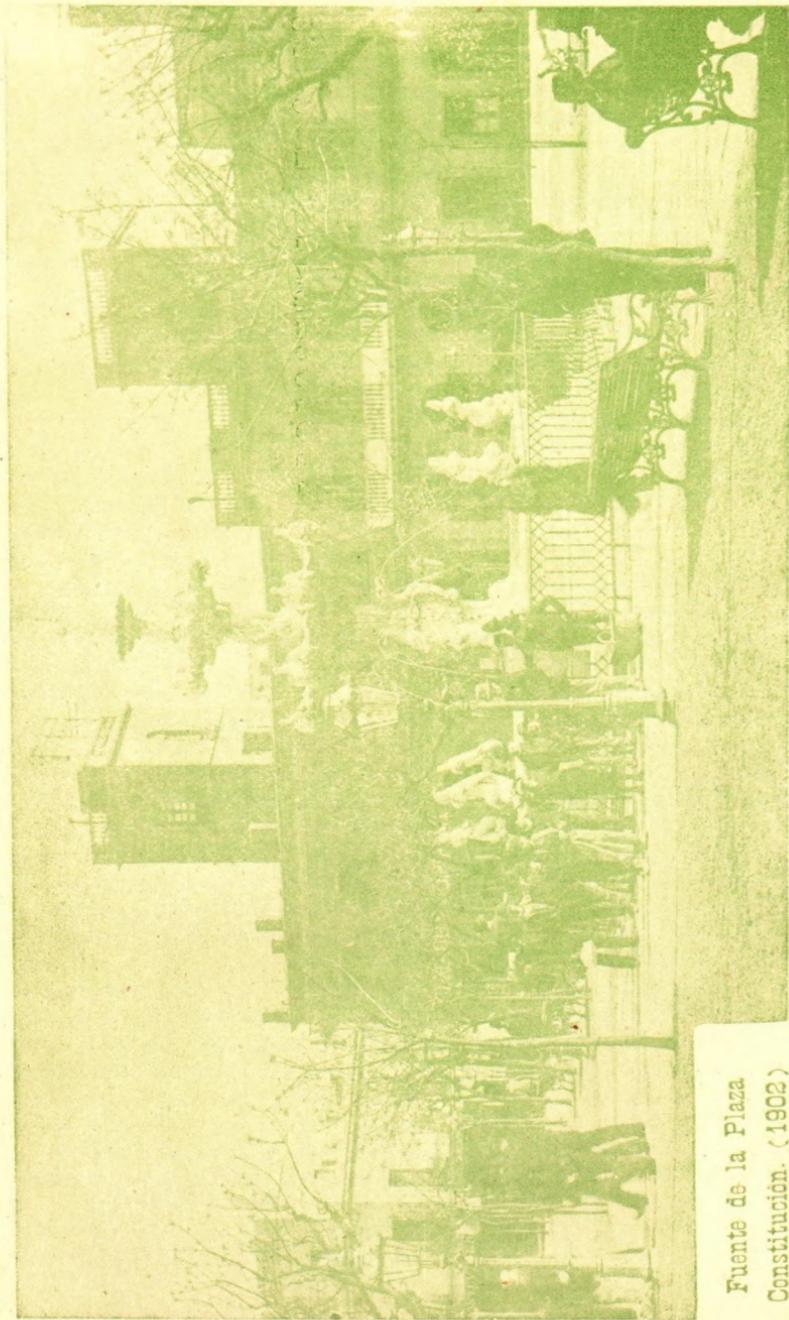
Un benéfico germen de salud y hermosura

Para que todo sea entusiasta, fecundo,

Y esté lleno de amor y más perfecto el mundo

Cuando en él obtengamos una vida futura.

Alberto SÁNCHEZ.



Fuente de la Plaza
Constitución. (1902)

El aguinaldo

Para APOLÓ.

A Pérez y Curis.

E. dí anterior, un domingo 31 de Diciembre. Aquiles Milton se había pasado toda la tarde recorriendo los bazares de Injo y las grandes tiendas de novedades, ansioso de encontrar en ellos el aguinaldo con que se propusiera obsequiar a su prima Lulú, una rubieca fina, móvil, nerviosa, cuyos adorables quince años á ratos la hacían grave, á ratos sentimental, á ratos un diablo terrible que revolucionaba toda la casa con los agudos de sus risas y con los gorjeos de sus charlas.

¡Qué buen corazón aquel Aquiles Milton! Aquel domingo 31 de Diciembre él tenía en su poder veinticinco pesos; sí, como ustedes lo oyen, toda una espléndida fortuna para un humilde muchacho como lo era Aquiles, cuyo sueldo nada rumboso y ganado trabajosamente en casa de un consignatario de frutos, unido á una pensión graciabil que percibiera su buena madre, la viuda del antiguo maestro de escuela Zacarías Milton, apenas si sumaba lo estrictamente necesario para que ambos vivieran sino con privaciones, al menos con relativas estrecheces.

¡El regalo para Lulú! Desde tres meses atrás esto había constituido la preocupación constante de Aquiles Milton: había sido su pensamiento, su idea fija; una obsesión temerosa y dulce, acariciadora y terrible á un mismo tiempo. ¿Qué le regalaría él á Lulu cuando llegase el tan anhelado como temido 1.º de año? Milton había cavilado mucho ésta elección. Su bolsa no le permitía lujos mayores. El, que era pobre, ¿qué podría ofrecerle á aquella su muy amada Lulú, criatura acostumbrada á los mayores boatos y magnificencias, puesto que sus padres vivían en la opulencia?

Grave problema éste. Y no porque Milton fuera un ambicioso vulgar, ni un fatuo, ni tan siquiera uno de esos tantos vanidosillos del peor gusto; no, sino porque Milton, en la optimista adolescencia de sus veintitrés años, pertenecía á esa clase de enamorados peligrosos que, como dijo el poeta, no tendrían reparo en hacer fuegos de artificio con el sol, la luna y las estrellas siempre que este espectáculo proporcionara grato placer á la dama y señora de sus pensamientos.

¿Le regalaría á Lulú una joya, una graciosa bombonera, un *bouquet*, de flores raras y exóticas traídas expresamente ese día para él desde tierras muy lejanas y desconocidas? En todo esto había pensado el bueno de Milton, allá en sus horas de labor asidua en el escritorio del consignatarios de frutos; allá en su lecho de adolescente sentimental, en los largos insomnios de las noches inacabables, ó, cuando la esperanza, sonriéndole dulce y prometedoramente, aparecía en sueños en forma de un hada generosa que pregonábale riquezas y honores que Milton brindaría á su buena madre y á su prima Lulú, su muy amada y soñada prometida...

¡Pobre Milton! Desde hacia tres meses, época en que comenzara á amar á Lulú forjándose mil planes fantásticos é ilusorios. Milton, sin descuidar por eso la asignación mensual que entregara á su buena madre, había logrado realizar algunas economías sobre su ya exiguo presupuesto personal. Privándose de ciertos gastos superfluos y guardando en su caja de ahorros los pequeños honorarios con que á veces los clientes del consignatario de frutos premiaban

alguna comisión que le confiasen, Milton, después de esos tres meses de duro ahorro, había logrado reunir aquellos veinticinco pesos que él ahora destinase para el soñado aguinaldo.

—Esta tarde lo compraré—habíase dicho Milton aquél 31 de Diciembre tan pronto hubo saltado del lecho. Efectivamente, esa tarde, dichoso, feliz, henchido de un orgullo muy justo y muy legítimo, Milton diose á recorrer los barrios centrales de la ciudad inquiriendo precios y consultando gustos.

Caminó mucho. Todos los escaparates le fascinaban. Una loca y desmesurada ambición parecía haber despertado de repente en su cerebro de buen muchacho hasta entonces resignado con su suerte. En cada vidriera, alguna joya, algún bibelot, algún objeto artístico, ponía á punto de decidirse, pero luego, impulsado por el deseo de hallar otro más hermoso, titubeaba nuevamente, y vuelta otra vez á detenerse ante nuevos escaparates donde los curiosos se apiñaban en un éxtasis de infantil admiración.

En una joyería central, un delicioso medallón de oro con una perla le fascinó.—Cuánto quiere usted? habíale dicho al joyero, un hombre muy amable y muy ceremonioso que vistiendo irreprochable traje negro de levita atendía el despacho.— «Treinta y dos pesos, ni un centésimo menos», habíale respondido éste. Milton ofreció veinticinco, todo lo que él tenía, pero el hombre muy correcto y muy ceremonioso no cedió un céntimo. Milton se marchó, triste, apesadumbrado, renegando de la terquedad inusitada de aquel hombre por lo demás tan fino y tan ceremonioso.

Por fin, á las 7 de la tarde, entre dos luces, y ya casi entrada la noche, Milton pudo realizar su ansiada compra. En una casa de antigüedades logró adquirir un hermoso guarda joyas de porcelana fina con cinceladuras de oro, objeto que, según la palabra honrada de Mister Butifar, el propietario del establecimiento, era un joyel de la más legítima porcelana de Sevres.

Y en verdad que el tal joyal pregonaba un *cachet* y un buen gusto exquisito. Era aquello un objeto hermoso y delicado, una frivolidad galante digna de las blondas y amables marquesitas del Trianón, una monería sólo propia del talento de un gran artifice. La porcelana era tan diáfana que parecía rasgarse al menor soplo. Elegantes alegorías de la época del Imperio aparecían diluidas en tenues acuarelas. Filigranas del mejor gusto la exornaban en graciosos dijes y florituras, y una llavecita diminuta, también de oro, así como debieran ser las de las hadas, servía para asegurar aquel adorable estuche de monerías.

Milton pareció encantado. ¿Qué mejor regalo podría ofrecerle á Lulú que aquel juguete delicado, diminuto, etéreo como un ensueño y frágil como una sonrisa? En un instante él perfiló sus planes. A la mañana siguiente, de paso que iría á saludar á sus tíos augurándoles feliz año, él ofrecería á Lulú aquel obsequio como prueba de un hasta entonces acallado pero infinito amor. Y esa noche Milton se durmió plácidamente, feliz de pensar en el efecto que producirían sus palabras, cuando, entregándole el joyel á Lulú, él, hasta entonces tímido é incapaz de confesar su amor, la dijera su declaración romántica y efectista: «Toma, Lulú, es para tí. Yo quisiera poder ofrendarte todas las riquezas de los emperadores, pero creeme, Lulú, que si esto es muy poca cosa, por tí mi amor es infinito como el universo todo». Sí... «como el universo todo»... Esta frase le sonaba al oído de una manera maravillosa—«como el universo todo»... «como el universo todo»...

en ese día, allá en nuestra mesa y en la hora de las íntimas expansiones, illoremos en silencio al ver á nuestro lado un nuevo blanco, un hueco, una nueva brecha abierta por la fatalidad, un nuevo vacío que no volverá á llenarse porque el ser que antaño lo ocupara ya se ha ido de nosotros para siempre...

¡Año Nuevo! ¡Año Nuevo!—La imaginación da un formidable salto atrás. Los recuerdos se agolpan á nuestra mente y las ilusiones nos sonríen de un modo grato al corazón... Un nuevo desaliento nos arredra y una nueva esperanza nos fortalece. Evocamos felicidades perdidas y auguramos felicidades entrevistas. Damos un traspies en la vía-crucis de nuestro Calvario y ensayamos un majestuoso vuelo hacia la cumbre. Desmayamos y nos sentimos titanes. La fe nos anima y la esperanza nos hace fuertes, nos agiganta, nos hace despreciar al rudo destino y retar á muerte á ese enemigo intangible y por eso mismo traidor que se llama lo irreparable...

¡Año Nuevo! ¡Año Nuevo!—Un aleluya de parabienes futuros repiquetea en nuestro corazón alborozado. Ese día el sol es más chispeante y la naturaleza se nos muestra más pródiga. Las penas se ahogan en una consolación mutua y necesaria. Las bienaventuranzas se prodigan á manos llenas. Cosa rara: ese día el hombre deja de odiar. Cosa incomprensible: ese día el nombre augura la dicha ajena como ansía la suya propia. Cosa inusitada: ese día la bondad se universaliza como ante el peligro de un acabóse final... El Año Viejo se fué! El Año Nuevo se insinúa como una bella alborada que canta, y que es de oro, y de rosa, y del azul más azul!...

—Volveré á almorzar.—Habíale dicho Aquiles Milton á su buena madre esa mañana, y ambos se habían dado un largo abrazo y un fuerte beso no sin pensar mutuamente que ese día, el buen padre, el antiguo maestro de escuela Zacarías Milton, ya no compartiría con ellos la entrada del nuevo año.

Con su pequeño joyel, Milton marchaba por la calle como un hombre honrado y dichoso que no tiene por qué ocultar su felicidad. ¡Qué hermosa mañana aquella! La alegría del sol, la placidez del ambiente, el azul moaré del cielo se exteriorizaba en los rostros risueños de los numerosos transeuntes. La ciudad toda gustaba loca dicha. En las calles, festoneadas de árboles, la multitud se expandía bullanguera. Los carruajes y otros mil vehículos rodaban entre un estrépido de fustas cimbradoras y de gritos. Los tranvías eléctricos pasaban veloces cargados de enormes masas humanas que traían y llevaban del uno al otro extremo de la metrópoli.

Milton marchaba con su buen alma de veintitrés años henchida de dulces emociones. Bajo el espolvoreo de oro de aquel sol de estío, mil graciosas siluetas femeninas cruzaban á su paso. Luego, hermosa coincidencia: esa mañana todo el mundo parecía andar de compras. Los ramos de rosas y de crisantemos, los paquetes denunciadores de confituras, las cestas de champagne y de bourdeaux, las joyas, las ropas y los zapatos flamantes, veianse á cada instante pregonando un bienestar común.

Aún faltaría un cuarto para las once, cuando Aquiles Milton llamó á la puerta de la regia mansión donde habitaran sus tíos. Muy pronto entró. Por las escaleras, porteros y lacayos subían y bajaban con obsequios. En el hall, regio, observó un movimiento inusitado entre la servidumbre. En las escaleras un viento de borrasca le intimidó... Cuando flanqueó el salón, suntuoso y magníficiente como un hermoso templo del arte, Milton tuvo la primer noticia de aquella horrible hecatombe que de tan alarmante manera había puesto de punta los nervios de la bella Lulú.

—Cálmate, mi querida Lulú, yo prometo traerte ahora otro más hermoso.

—Sí, hija mía, escucha á tu padre: él cumplirá su palabra...

Y el padre hablaba y la madre suplicaba, entanto Lulú, acoquinada allá en un ángulo del salón sobre un canapé de brocado, sacudía todo su cuerpecillo en espasmos de santa ira que tenían la virtud de avivar hasta el acero la mirada de ordinario bonancible de sus glaucos ojos.

Y fué allí donde Aquiles Milton supo toda la verdad de la horrible tragedia. El encantador Bibi, el liliputiense perrillo de lanas de Lulú, el mimoso de la casa, el amo, el dueño, el señor, el antojadizo gustador de frutas secas y de bocados exquisitos, el gran goloso de bombones y de confites, aquél mimado entre los mimados y festejado entre los festejados, aquel que durmiera en lecho de pieles y que en invierno gastara mantas de riquísimo astrakan, esa mañana, víctima del pie burdo y aldeano de un lacayo torpe, había fallecido despanzurrado.

¡Horror!

—No quiero que me traigan nada. Yo sólo deseo á Bibi. Sí, lo quiero vivo y coleando.—Chillaba Lulú.

Valiente antojo. Aquel milagro era imposible. El pobre Bibi ya estaba en el cesto de los desperdicios hechos un adefesio. ¡Oh! lo que pedía Lulú era algo mayor que los tan admirados trabajos de Hércules. Bueno estaba el pobre Bibi á esas horas!

Y toda argumentación resultaba inútil. Se retiró el padre en busca del prometido sustituto de Bibi, se retiró la madre desconsolada por la enorme pena que embargara á su hija, y Aquiles Milton, frente á su primita erizada, optó por sentarse á tres pasos de ella hasta tanto la crisis pasase, imitando así á Dieguito Miraflores, el amigo asiduo de la casa, quien, desde los comienzos de la tragedia, había tomado heroicamente aquella digna resolución. Milton estaba consternado. ¡Bonita suerte la suya!... ¿Habrá visto mayor fatalidad? Traer él su aguinaldo, venir con la resolución formada de confesar su amor á Lulú, y ahora, por un mísero perrillo de lanas á causa de la impericia de un lacayo torpe desbaratarse de semejante manera todos sus planes!

Miraflores, el hombrecillo de salón, el que supiera bailar a la suprema elegancia el schotis Luis XV y fuera sabio conocedor en tocados femeniles, mostrábase en circunspecta pesadumbre.

En un euchicheo discreto, como así lo requerían las circunstancias, él deslizaba al oído de Milton detalles horripilantes.

—Eran las 9 y 3/4—decía,—yo mostrábale á Lulú un magazín de modas. Bibi dormitaba en aquel corredor de la izquierda... Pasó José, apremiado por un llamado urgente... Un aullido horrible llegó á nosotros... Luego, nada: todo en silencio... ¡Oh, el desastre se había consumado!

Milton, casi sin escucharle, repetía estúpidamente una misma frase: ¡Horrible!, horrible! horrible!...

Y luego, proseguía Miraflores todavía espeluznado por la espantosa visión, qué cuadro aquél!... Lulú presa de un agudo ataque de nervios. El padre, el señor de Meneses, prometiéndole un inmediato sustituto. La madre, la señora Milton de Meneses, llorando junto á la hija desconsolada. José, el pérrido víctima, huyendo, la dama de llaves, la servidumbre entera, también huyendo... Toda una fuga, un correr loco y desatinado por pasillos y corredores.

Y de pronto, deteniéndose bruscamente en su peroración, Miraflores también acabó por huir de Milton, pues un nuevo estremecimiento de Lulú le preñijo que la crisis se agravaaba de una manera harto alarmante...

Entonces Milton quedóse solo frente á Lulú. Transcurrieron tres minutos dolorosa expectativa. Luego, ¡Oh, visión celeste! Qué veían sus ojos? Con que Lulú ahora le hablaba y le sonreía, á él, á Aquiles Milton en persona?

La esfinge habló:—Hola, eres tú...?

Milton, perplejo, mudo, asombrado, reducido á un átomo, balbuceó anhelante—Claro, soy yo. Sí, Aquiles Milton... tu primo... tu...

—Já! já! já! Pero, tú estabas aquí? Pues créeme que no te había visto... ¡Pero qué cara tienes! Estás, ¿cómo diré?... Vaya, pues que no doy con la palabra!

Y después, en un mohín nervioso—¡Hola! Pero qué veo?... Qué es lo que tienes ahí, envuelto en papel de seda y atado con un cintillo?... ¡Vamos, ya cago; será... será...

— El joyel,—dijo Milton obsesionado por su idea fija.

—El joyel?... Pues muéstramelo. ¿Qué es eso del joyel?...

Milton fué nuevamente héroe en aquel instante. El valor vigorizó su espíritu. Recordó su declaración romántica, hermosa y efectista, y, habló:

—«Toma, Lulú, es para tí... Yo quisiera poder ofrendarte todas las riquezas de los emperadores, pero, si esto es muy poca cosa, créeme, Lulú, que por tí mi...»

—Es muy bonito, pero no es de Sevres, dijo en ese instante una tercera vez á sus espaldas.

Lulú miró al intruso. Aquiles Milton le reconoció instintivamente. Si: era Miraflores.

—¿Pero, de verdad, es para mí?... es para mí?... Pero, es cierto que tú te has acordado hoy de tu primita Lulú?... Y qué bello es! Pero, escucha: qué era lo que me decías hace un momento?... «Yo quisiera poder ofrendarte las riquezas de todos los emperadores, pero, si esto es muy poca cosa, créeme, Lulú, que por tí mí... mí...» ¿Qué era lo que ibas á decirme?... «mí?...» «mí?...»

Y mientras así parloteaba, adorable y encantadora en medio de su loco aturdimiento, Lulú miraba y remiraba el joyel.

Repite mis palabras: Es muy hermoso pero no es de Sevres, afirmaba á todo esto el pedantesco Miraflores.

Milton estaba exasperado. Su fastidio era inmenso ante este nuevo desbarajuste de todos sus planes, ante esta impertinente cortada de su declaración, cuando, por fin ya á solas con Lulú, tan sólo le faltara decirle la última frase de su declaración soñada: «... pero créeme, Lulú, que por tí mi amor es más grande que el universo todo!»

Y en esos momentos, frente á Lulú, entre los dos rivales se entabló una discusión tan enojosa como interminable. ¿Era de Sevres el joyel? No lo era? El pobre Milton acaso habría sido engañado miserablemente por el judío del bazar de antigüedades?...

Y entonces, he aquí, que Lulú, acaso ya pasada la primera impresión que le produjera el joyel, acaso obedeciendo á un arranque felino de su adorable cabecita blonda de muñeca frágil, tuvo una frase cruel que mató de raíz todas las ilusiones y los largos ensueños de su buen primo Aquiles Milton:

—¡Ah, mí querido Aquiles, exclamó, yo creo que Miraflores está en lo cierto... Este joyel, no pasa de una simple imitación. Créeme, Aquiles, que yo jamás consentiría en ser tu esposa... Serías un mal marido. Nunca me serías útil para las compras!...

JUAN PICÓN OLAONDO.

Montevideo, 1909.

La Pálida Pensativa

Para APOLÓ.

Al verla tan pálida y tan triste, una inmensa compasión se apoderó de mi alma. Ese silencio en que se envolvía su lánguida niñez, fué para mí desde entonces, la revelación de un misterioso poema de dolor. Sus lindos ojos negros, se adormían pensativos como si estuviesen contemplando la fatídica visión de su negra desventura; su boca tan bella, ¡cómo se marchitaba! esa boca que parecía hecha para los ardientes besos de amor, se contraía ya, en su temprana vida de rosa enferma, en un gesto de amargo sufrimiento.

Y al verla así, tan pálida, tan triste, en su trágico recogimiento de melancólica flor de claustro, al instante, sospeché la cruel historia de una novia abandonada al olvido de su primer amor.

¿Quién sería el infame — pensé — que así robaba la felicidad á esa alma de candor y de virtud? ¿Quién sería el que así agostaba aquél jardín de primavera con el helado cierzo del Desengaño?



Y compasivo, me acerqué á la dulce niña que meditaba en su sombrío ensueño, y la dije:

— ¿Por qué esos lindos ojos se nublan de lágrimas?

— ¿Por qué esa recóndita tristeza en esa vida donde sólo debían florecer ilusiones y alegrías?

— Quién es el ingrato, niña, que así paga ese amor con el olvido?

Y llorando, en la resignada actitud de su sufrimiento, y con una voz angustiosa murmuró:

— Quién ha llenado por siempre mi vida de dolor quien ha trocado mis alegrías en pesares, mi risa en suspiros, y mi corazón en eterno manantial de lágrimas, es....

la bella madre mía, la adorada madrecita de mi alma, la que reposa su último sueño, allá... bajo los sauces del cementerio...

RAFAEL ANGEL TROYO.

Cartago de Costa Rica

De Heliotropos

DESPUÉS DE VERLA

¡Oh, mis visiones matinales! Deja
Que al evocarlas te bendiga y cante:
Tú pasaste también con la radiante
Elegancia de un cisne que se aleja.

En la avenida se perdió una queja
De tu vestido, y en tu faz distante
Se posó mi pupila agonizante,
Ávida y pertinaz como una abeja

Después, un ramo de visiones raras
Pobló mi fantasía en las avaras
Dilataciones de una enredadera;

Pero volviste pronto á las atadas
Rondas de mi cerebro, y las habladuras
Imágenes huyeron por la acera ...

Y hoy, en la urna
¡Oh, mi virgen, perduras todavía!

EUCHARISTÍA

A Luis Roberto Boza.

(Santiago de Chile).

¡Oh, albura de magnolia, eucaristía
Del alma de las vírgenes! Pagana.
Mi fantasía moduló un hosanna
Confidencial en tu gloriosa orgía.

Pulcra en las formas de la amada mía
Y el alabastro éres, oh, galana
Evocatriz, en tu promesa arcana,
De un heraldo de amor y de armonía.

En un ampo de nieve la inocencia
De cándidas imágenes evocas;
En una curva de mujer tu esencia

Sacude las eróticas desidias;
Y el mármol, orgulloso de tus tocas,
Alcanza un beso del cincel de Fidias.

CAMAFEO

Flor de Chipre dulce y rara
Y alegre como un rondel,
Gracia que evoca el pincel
De Antonio de la Gandara ;
Su faz luminosa y clara
Del nardo tiene el mador,
Y en su labio abrasador
Hecho de orobias y miel,
Hay una ürna : joyel
Para los himnos de amor.

¡Oh, la noche, noche umbría
De sus ojos de cristal !
El alma de un madrigal
De Amado Nervo sería.
¡Oh, que es pura la harmonía
De sus formas, y el rubí
De sus pómulos ; allí
Vertió Natura un oval
Celaje primaveral
Sobre un ampo de alhelí.
Es su frente de alabastro
Un ánfora de abadires ;
Trasunto de los zafires
Del mago Eugenio de Castro.
Con encantamientos de astro

Rasgado el etéreo tul,
En su pensamiento azul
Florecen tiernos decires :
¡ Un venero de elixires
Más glorioso que Mosul !

Su cuello ebúrneo y erecto
Ha de la nieve el albor,
Y ese cuello es un primor
Hipérdulico y dilecto.
Bajo corsé predilecto
Dos rosas muriendo están,
Y sus movimientos dan
Los vértigos del amor ;
¿ Acaso sabe una flor
Como su seno al imán ?

¡Oh, virgen de fuego y nieve,
Adorable virgen mía :
¿ Que eres una canturía
Del alba exótica y leve,
Y una flor que canta y llueve
Polen vaporoso y miel ?
Dime entonces el rondel
Soberbio de la alegría.
¿ Podrá mi espíritu un día
Armonizarse con él ?

PÈREZ Y CURIS.

Heliotropos

Con el presente nú-
mero comenzamos la
publicación de las poe-
sías de *Heliotropos*, li-
bro de nuestro Direc-
tor, cuya segunda edi-
ción aparecerá á fines
del corriente mes.





Bibliográficas

Libros y folletos recibidos

FUEGO Y TINIEBLAS, por Claudio de Alas.—Santiago de Chile.—Claudio de Alas, el poeta colombiano residente en Chile, nos ha enviado un ejemplar de su libro, publicado con el afán de dar á conocer al público la verdad del terrible drama de la legación alemana. Escrito en forma de novela y, por lo tanto, más atrayente y artístico que una simple crónica, *Fuego y Tinieblas* trae las siluetas del asesino y los principales personajes que intervinieron en su captura. La pluma contundente de su autor traza en breves pero fuertes rasgos al criminal Willy Beckert Frambahuer, para quien tiene duras frases de condenación por las circunstancias y el modo artero en que privó de la vida á un servidor tan fiel y de tan nobles sentimientos como era Ezequiel Tapia. *Fuego y Tinieblas* es un libro sanguinario pero ungido de verdad. Mi aplauso es para su autor.

SENDA DE TORTURA, por Benigno Va-

rela.—Librería de Pueyo.—(Madrid).—Es la novela íntima de un doloroso que sabe sobreponerse al gran dolor de la vida. A pesar de la inquietud con que parece haber sido escrita (á juzgar por la precipitación y el prematuro desarrollo de algunas de sus escenas) *Sendá de Tortura* es obra de un novelista espontáneo y hábil, y de un buen observador, tan seguro de su arte cuando pinta un paisaje ó describe las cosas de la naturaleza, como cuando descurre sobre las almas.

La prosa de Benigno Varela es matizada y atrevida. Prosa de combate que tiene el ritmo y la frescura de una poesía heroica, y en cuyos giros audaces el vigor del anatema surge de pronto como una ola que todo lo inunda.

Sendá de Tortura es un libro sincero y fuerte, y por lo tanto, laudable. El triunfo aguarda á su autor.—Pérez y Curis.

Nuevos libros recibidos

Agradecemos el envío y prometemos ocuparnos en nuestro número próximo, de: PUEBLO ENFERMO, por A. Arguedas (París); ENSAYO DE UNA FILOSOFÍA FEMINISTA (REFUTACIÓN Á MORBIUS), por M. Romera Navarro (Madrid); FLOR (novela) y LA LITERATURA VENEZO-

LANA EN EL SIGLO DIEZ Y NUEVE, por Gonzalo Picón—Febrero (Caracas); RUFILITO (Sucedido histórico), por F. García Godoy (Santo Domingo); ANORANGAS LÍRICAS, por Lisímaco Chavarria (San José de Costa Rica).

« Apolo » en Europa

La acogida que en España han dispensado á nuestra revista los mas conspicuos representantes de las letras, habla con mucha elocuencia del alto concepto en que se tiene á APOLÓ fuera de aquí.

Los sonetos de nuestro Redactor en Madrid, el poeta Francisco Villaespesa, que hoy publicamos y forman parte de dos libros: *El jardín de las quimeras* y *Las horas que pasan*, próximos á aparecer, nos han sido enviados galantemente por su autor, como un testimonio de adhesión á nuestra noble é improba tarea.

Julio Raúl Mendilaharsu, nuestro corresponsal en Europa, también nos ha enviado colaboraciones inéditas, tuyas y de muchos escritores que le han hablado de APOLÓ en España y Francia. Hoy publicamos parte de esos materiales; en el próximo número insertaremos otros y los que han ofrecido enviarnos, por intermedio del joven poeta, Felipe Trigo, Vargas Vila, Leopoldo Díaz, Amado Nervo y otros más.

Con sus últimos números APOLÓ ha acabado de consagrarse, ocupando con sólo otra revista, el primer peladoño de la escala literaria de América. Otras publicaciones, sostenidas por empresas que las han mercantilizado, vienen más ricas de ornato, más llenas de avisos, pero ninguna presenta un selecto material inédito ni cuenta con un cuerpo de redactores como APOLÓ, redactores que, como se ve por el presente número y los precedentes, y como puede atestiguar-se por los originales que conservamos, nos remiten periódicamente composiciones que agrdeceremos.

¡Se nos llamará egoistas?

La egolatría, en este caso, se impone porque tiende á la verdad que todos han ocultado siempre. Y se impone á pesar de todos los imbéciles que han querido detener nuestro avance, sembrándonos de escollos el camino y de todos los felones que han pretendido ensañarse con el alma proletaria que sostiene esta revista.

APALO

- Revista de Arte y Sociología -

Única de su índole

en el Uruguay

\$ 0.15 EL EJEMPLAR

Administración: *Cerrito, 375*

OBRAS DE AUTORES URUGUAYOS

Ovidio Fernández Ríos

Por los Jardines del Alma
(Poesías)

0.50 el ejemplar

Pérez y Curis

Rosa ignea
(Cuentos) 2.^a edición

0.25 el ejemplar

Santos García Mollarini

Apóstoles Rebeldes

0.30 el ejemplar

Guía

Qvo Vadis?

0.10 el ejemplar

PÉREZ Y CURIS

Alma de Idilio y Rimas Sentimentales

Edición de lujo: 0.50 el ejemplar

Fotografía "El Sol"

AVENIDA 18 DE JULIO, 540

Entre Médanos y Vázquez

Todos los trabajos se hacen con
prolidad y puntualmente, ceñidos
á los últimos adelantos modernos
y no alterando por eso la
modicidad de sus precios.

MONTEVIDEO

M. Medina Betancort

Cuentos al Corazón

0.40 el ejemplar

Pérez y Curis

Heliotropos

0.50 el ejemplar

Andrés T. Gomensoro

Rumbo al Sol

0.40 el ejemplar

Ismael Cortinas

El Credo

0.25 el ejemplar

Si es usted forastero y no conoce
la ciudad, no tiene que preguntar
nada á nadie, todo se lo explicará
LA GUIA

QVO VADIS?

Ferrocarriles, Vapores, Tranvías,
Mensajerías, etc. — *Plano completo,
nomenclator y descripción de la ciudad
Montevideo en el bolsillo*

— ÚNICA EN SU GÉNERO —

YA APARECIÓ

Por los Jardines del Alma

POESÍAS DE

Ovidio Fernández Ríos

0.50 EL EJEMPLAR

LIBRERÍA Y PAPELERÍA DE LA FACULTAD DE MAXIMINO GARCIA

Obras de fondo para profesionales; Matemáticas, Derecho, Ingeniería, Medicina, Jurisprudencia, Filosofía, Literatura, Historia y Arte

+ + TEXTOS ESCOLARES Y UNIVERSITARIOS + +

- - Suscripción á diarios y revistas extranjeras - -

Trabajos de tipografía, litografía, encuadernación y sellos de goma
GRAN VARIEDAD EN POSTALES

— ÚTILES DE ESCRITORIO Y PAPELERÍA —

— 25 de Mayo 134, entre Colón y Solís —

APOLLO

REVISTA MENSUAL DE ARTE Y SOCIOLOGÍA

DE VENTA EN TODAS LAS LIBRERÍAS DEL URUGUAY,
LA ARGENTINA Y CHILE

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN MENSUAL

Edición económica	\$ 0.15	oro
» de lujo	» 0.20	»

• • •

Administrador: LUIS PÉREZ (Cerrito, 375)

La correspondencia literaria á PÉREZ Y CURIS

— MONTEVIDEO (URUGUAY) —